

Un país sin esperanzas

Saqueos, muertes y una sensación de total pérdida de autoridad del estado clausuran el año en la República Argentina. Un período que parece marcar graves dificultades para el gobierno de la presidenta Cristina Fernández, ya debilitado por su derrota en las elecciones legislativas y la sobrepolitización que impone en todos los campos, desde la economía a la moral ciudadana. Una moral o su falta, dominada por la mentira de estado que no vacila a la vista de todos por adular los guarismos de la inflación, pretendiendo engañar a su propio pueblo. Todo en el trillo de las descaradas maniobras oficialistas para las cuales la sinceridad y el decoro ceden frente a las conveniencias fraccionales.

El gobernador de Córdoba, la segunda provincia del país, ante una inadmisibles huelga policial que lo privó de tropas para reprimir desmanes, pidió como correspondía ayuda al gobierno central. Pese a estar en juego la democracia éste, ni corto ni perezoso, dominado por sus sempiternos intereses e intuyendo la posibilidad de colocar en aprietos a uno de sus rivales políticos -principio rector de su estrategia- hizo oídos sordos a la requisitoria y permitió que el caos ganara las calles abriendo los grifos para los saqueos en masa de la ciudad. Los resultados, en medio de una población receptiva al temor, alentada por el ejemplo de su propio gobierno y carente desde hace años de reflejos cívicos, transitaron del miedo a la codicia ante la irresistible posibilidad del latrocinio sin consecuencias. Un estímulo presente en todos los pueblos si las circunstancias lo propician. Cuando el oficialismo advirtió su error ya era tarde y la desobediencia policial campeó por el resto del país. El proyectil cambió su trayectoria y explotó en pleno rostro del gobierno, incapaz de dominar la situación a la vista pública de su impotencia. Un aumento de su abultado pasivo político que carece de cualquier posibilidad de amortizar.

El proceso de deterioro institucional aún no ha culminado. La Argentina, otrora un país próspero y en vías de crecimiento que a comienzos de los años sesenta del siglo veinte, pese a casi veinte años de peronismo, duplicaba el producto bruto interno de varios países europeos, e incluso del Japón, hoy ha perdido sus reservas. A comienzos de esta centuria la población pedía a gritos que los políticos se fueran todos. Que abandonaran el barco. Estaba anémica y sin ilusiones. Pasados más de diez años, todo está claramente peor. No se trata únicamente que haya dilapidado el escaso crédito económico que aun atesoraba, mientras ambas cámaras celebraron alborozadas que el país dejara de honrar sus compromisos internacionales. Como si estafar al prójimo constituyera un valor superlativo. Al presente, liderado por su gobierno ha abandonado un activo mucho más relevante: sus reservas morales, esas que no se reconstituyen sino con muchos años de esfuerzos y dando pruebas inequívocas de rehabilitación. Algo que nuestros hermanos no pueden hacer aunque quisieran.

Por eso se equivoca feo nuestro Presidente, arrepentido por no haber cedido frente a las presiones argentinas respecto a UPM. Debiera saber que en la vida de los pueblos la dignidad no tiene precio ni el Uruguay acepta presiones. Lo hizo consiente de los riesgos, con serenidad y altura moral. Quien lo dude, si se anima, que observe al otro lado del río.

<http://www.elpais.com.uy/opinion/pais-esperanzas-argentina-hebert-gatto.html>